

cida personal que lo distingue y que hace de él un ser á parte! No solamente no se habrá Dios manifestado, sino que le será imposible para siempre el manifestarse, en virtud misma del órden de que es creador: Obrar es vivir, mostrarse es vivir, comunicarse es vivir; pero Dios no puede obrar, dejarse ver, comunicarse, esto le está prohibido. Confinado en el fondo de su eternidad, sorda y oscura, si lo interrogamos, si le suplicamos, si clamamos á él, no puede respondernos, suponiendo que pueda respondernos, mas que esto: "Qué queréis! Yo he dado leyes; pedid al sol y á las estrellas, pedid al mar y á las arenas de sus riberas; en cuanto á mí, mi destino está cumplido, yo estoy en una completa quietud y no soy mas que el servidor contemplativo de las obras de mi diestra."

Ah! Señores, no es así como hasta ahora la humanidad entera ha comprendido á Dios. Ella lo ha comprendido como un ser libre y soberano; y aunque no haya tenido siempre un conocimiento exacto de su naturaleza, á lo menos, jamas le ha negado el poder y la bondad. Siempre y en todas partes, segura de estos dos atributos de su padre celestial, ha hecho subir hácia él su inestinguible súplica; ella le ha pedido todo y le pide diariamente de rodillas, la luz del espíritu, la rectitud del corazon, la salud del cuerpo, la cesacion de los males que la afligen, la victoria en la guerra, la prosperidad en la paz, la satisfaccion de toda necesidad en los cielos y en la tierra.

Hay aquí alguna pobre muger que apenas oye lo que digo. Esta mañana de rodillas á la cabecera de su hijo enfermo, abandonada de todos y no teniendo pan para pasar el dia, ha cruzado sus manos y ha ocurrido al que hace madurar el trigo y que cria la caridad; ella le ha dicho: "Señor socorredme, daos prisa á socorrerme." Y en el momento mismo en que yo hablo, innumerables voces se elevan hácia Dios de todos los puntos de la tierra para pedirle cosas en que la naturaleza sola nada puede y respecto de las cuales, esas almas es-

tán persuadidas de que Dios lo puede todo. Quién pues se engaña aquí? Quién se engaña, el metafísico ó el género humano? Y cómo es que la naturaleza nos induce á menospreciarla á ella misma y á confiar en Dios? Porque no es la ciencia la que nos enseña á orar; nosotros oramos apesar de la ciencia, y como no hay en el universo otra cosa mas que ciencia, naturaleza y Dios, si oramos á despecho de la ciencia, es necesario que la naturaleza ó Dios sea quien nos enseñe á orar y á creer con todo nuestro corazon en los milagros de la omnipotencia y de la bondad divina. Y por lo que hace á la naturaleza, que ella pierda ó que gane á consecuencia de esta elevacion ó atraccion del hombre hácia su criador, que ella deba perecer ó no, segun el sistema del sofista, cada vez que Dios la toque con su dedo omnipotente, esto debe ser para nosotros el último de nuestros cuidados. Sin embargo, por consideracion á cierta clase de entendimientos, yo probaré que el milagro no destruye, como se pretende, el órden natural.

La naturaleza, como lo he dicho ya, se reduce á tres elementos: las sustancias, las fuerzas y las leyes. Las sustancias son esencialmente variables, cambian de forma, de peso, se combinan y se separan á cada momento. Las fuerzas lo son tambien; aumentan y disminuyen, se acumulan ó se desunen. Solo son inmutables las leyes matemáticas que gobiernan á la vez á las fuerzas y á las sustancias, y de las que depende todo el órden del universo. La movilidad de las fuerzas y de las sustancias, difunde el movimiento y la vida en la naturaleza; la inmutabilidad de las leyes matemáticas, mantiene en ella un arreglo que no falla jamas. Sin las primeras, todo estaria muerto; sin las segundas, todo seria un caos. Bajo este supuesto, qué es lo que Dios hace cuando hace un milagro? Toca al principio del órden universal que es la ley matemática? No, Sres., nada de esto. La ley matemática pertenece á la region de las ideas, es decir, á la region de lo eterno y de lo absoluto; Dios no puede tocar á

ella porque seria tocar así mismo. Pero obra sobre las sustancias y sobre las fuerzas, sobre las sustancias que son creadas, sobre las fuerzas que tienen su origen en su suprema voluntad. Semejante á nosotros que, sometidos á las combinaciones generales de la naturaleza, sacamos no obstante de nuestra vitalidad íntima, movimientos contrarios en apariencia á las reglas de la pesantez, Dios obra en el universo como nosotros obramos sobre nuestro cuerpo. Él aplica donde conviene la fuerza que es necesaria para producir un movimiento escepcional: este es un milagro, porque él solo, en el depósito infinito de su voluntad, que es el centro de todas las fuerzas creadas y por crear, puede tomar bastantes elementos para obrar súbitamente hasta ese grado. Si le place detener el sol, para servirme de la espresion vulgar, o pone á su fuerza de proyeccion, una fuerza que la contrabalancea, y que en virtud misma de la ley matemática produce el reposo. No le es mas difícil detener el movimiento total del universo.

Lo mismo sucede con los otros milagros; esta es una cuestion de fuerza, cuyo uso, lejos de herir el órden fisico, lo que seria muy poca cosa, contribuye á él, y ademas mantiene sobre la tierra el órden moral y religioso, sin los cuales no existiria el órden fisico.

Destruida esta objecion, Señores, démonos prisa á contestar la segunda. Se nos ha dicho que el milagro no prueba nada, porque todas las doctrinas han tenido milagros en su favor, y porque con ayuda de cierta ciencia oculta, es fácil hacerlos.

Yo niego resueltamente que haya alguna doctrina histórica, es decir, fundada á la luz de la historia por hombres auténticamente conocidos, que posea por base hechos milagrosos. Por lo que hace al tiempo presente, no tenemos de esto un solo ejemplo; nadie á nuestra vista entre tantos institutores del género humano cuyo espectáculo se nos presenta diariamente, ha osado prometernos el ejercicio de un poder superior al poder vulgar de que disponemos nosotros mismos. Ninguno de nuestros contemporáneos se ha

presentado en las plazas públicas curando ciegos y resucitando muertos. La estravagancia no se ha mostrado sino en las ideas y en el estilo, ella no ha ido mas lejos. Retrocediendo del presente siglo hasta Jesucristo, nadie en la innumerable multitud de heresiarcas famosos, ha podido lisonjearse de mandar á la naturaleza y de poner bajo la proteccion del milagro las inspiraciones del orgullo sublevado. Mahoma, herege é infiel á la vez, no lo ha intentado tampoco; ya lo he dicho y el Alcoran lo dirá mejor á quien quiera tomarse el trabajo de leer ese plagio de la Biblia, hecho por un discípulo de retórica de la Meca. Mas allá de Jesucristo, en los siglos á que alcanza la historia, que queda, dejando á un lado á Moises y á los profetas, es decir á los mismos antepasados de Jesucristo? Tomarémolos en consideracion algunos hechos singulares de la Grecia y de Roma? Hablarémolos de aquel agorero que cortó, segun Tito-Libio, una piedra con una nabaja de afeitar, ó bien de aquella vestal que hizo mover un navio tirando de él con una cuerda atada á su cintura, ó del ciego curado por Vespaciano al ser elevado al imperio? (1) Estos hechos, como quiera que sean, son hechos aislados y no sirven de base á ninguna doctrina; no han provocado en el mundo ningun debate, y nada han establecido; no son hechos doctrinales. Ahora, aquí se trata de milagros fundadores de doctrinas religiosas, únicos de que debemos ocuparnos; porque evidentemente, si Dios se manifiesta por actos de soberanía, esto debe ser por una gran causa, digna de él y digna de nosotros, es decir, por una causa en que se trate de los destinos eternos de la humanidad. Esto es lo que pone fuera de discusion todos los hechos aislados, tales como los referidos en la vida de Apolonio de Thyana.

Este personage es del primer siglo de la era cristiana, y su vida ha sido escrita mucho mas tarde por un filósofo de A-

(1) Sobre la falsedad de tales milagros puede verse el *Tratado histórico y doctórico* de la verdadera religion de Bergier, tomos 4.º y 5.º

lejandro llamado Philóstrato, que ha querido hacer de ella una imitación del Evangelio y de Apolonio mismo una copia de Jesucristo. De este diseño resultó una fisonomía muy singular y sumamente curiosa, pero esto es todo. Qué ha hecho doctrinalmente Apolonio de Thyana? En dónde están sus escritos, sus obras sociales, la huella de su paso sobre la tierra? Él ha muerto al otro día de su nacimiento. Aun cuando, en lugar de algunos hechos equívocos hubiera removido las montañas durante su vida, no sería esto más de una curiosidad literaria, un accidente, un hombre, nada.

En dónde están las doctrinas fundadas á la luz de la historia sobre hechos milagrosos? En qué parte de la historia se encuentra otro poder distinto del de Jesucristo, otros milagros que no sean los suyos, y los de los Santos que lo han adoptado por maestro y que han tomado en sus doctrinas la fuerza de continuar lo que él había comenzado? Nada aparece en el horizonte: Jesucristo queda solo, sus enemigos, cercándolo con un ataque inmortal, no pueden oponerle más que dudas; pero no pueden oponer un hecho igual á él ó siquiera análogo á él.

Pero á lo menos no existen en la naturaleza fuerzas ocultas que nos han sido descubiertas después, y de que Jesucristo se apoderaría en otro tiempo? Yo nombraré, Sres., esas fuerzas ocultas, á las que se hace alusión, las nombraré sin temor; se les llama fuerzas magnéticas. Yo podría desearme de ellas cómodamente, pues que la ciencia no las reconoce todavía y aun las proscribiera. Sin embargo, quiero más bien obedecer á mi conciencia que á la ciencia. Invoicéis pues vosotros las fuerzas magnéticas; en hora buena. Creo en ellas sincera y firmemente: creo que se han hecho constar sus efectos, aunque de una manera incompleta todavía y que lo será probablemente siempre, por hombres instruidos, sinceros y aun cristianos: creo que estos efectos en la gran generalidad de los casos, son puramente naturales; creo que el secreto de ellos no se ha perdido jamás sobre la tierra, que se ha transmitido de edad en edad, que ha dado lugar á una

multitud de acciones misteriosas cuya huella es fácil reconocer, y que en la actualidad solamente ha abandonado la oscuridad de las transmisiones subterráneas, porque el presente siglo ha sido marcado con el signo de la publicidad: yo creo todo esto. Si Sres., por una preparación divina contra el orgullo del materialismo, por un ataque á la ciencia, que data del tiempo más remoto á que se pueda llegar, Dios ha querido que existan en la naturaleza fuerzas irregulares, irreducibles á fórmulas precisas, casi incapaces de hacerse constar por los procedimientos científicos. Él lo ha querido á fin de probar á los hombres tranquilos en las tinieblas de los sentidos, que aun prescindiendo de la religión, quedan en nosotros visos de un orden superior, vislumbres espantosas del mundo invisible, una especie de crater por donde nuestra alma rompiendo por un momento los lazos terribles que la unen al cuerpo, vuela á los espacios que no puede sondear, de los que no conserva memoria, pero que le indican bastante que el orden presente oculta un orden futuro ante el cual el nuestro no es más que la nada.

Todo esto es cierto, yo lo creo; pero es cierto también que esas fuerzas oscuras están comprendidas en tales límites, que desde luego se advierte no haber en ellas soberanía alguna sobre el orden natural. Sumergido en un sueño facticio, el hombre ve al través de cuerpos opacos, á ciertas distancias; indica remedios propios para aliviar y aun para curar las enfermedades del cuerpo; parece saber cosas que no sabía, y que olvida al instante que despierta; ejerce por su voluntad un grande imperio sobre aquellos con quienes está en comunicación magnética: todo esto es penoso, trabajoso, todo está mezclado con incertidumbres y con humillaciones. Es un fenómeno de visión más bien que de operación, un fenómeno que pertenece al orden profético y no al orden milagroso. En ninguna parte se ha visto una curación súbita, un acto evidente de soberanía. Aun en el orden profético nada hay más miserable.

Parece que esta visión de un género extraordinario debería á lo menos revelarnos alguna cosa de ese porvenir que podría lla-

marse el porvenir presente. Nada de esto. Qué ha predicho el magnetismo despues de cincuenta años? Qué nos dice de lo que sucederá, no ya de aquí á mil años, no ya de aquí á pasado mañana, sino solo de lo que sucederá mañana por la mañana? Todos los que disponen de nuestros destinos están vivos; ellos hablan, ellos escriben, ellos ponen en movimiento resortes sensibles: y bien, que se nos diga el resultado cierto de su accion sobre un solo negocio público. Ah! el magnetismo que debería cambiar el mundo, no ha podido ni aun llegar á ser un instrumento de policía; confunde á la imaginacion tanto por su esterilidad cuanto por su estravagan-
cia. No es un principio, es una ruina. Asi, á las márgenes desoladas del Eufrates, en el lugar en que estuvo Babilonia y en donde se elevó aquel monumento famoso que debía llevar hasta el cielo, para hablar como Bossuet, el testimonio del antiguo poder de los hombres, el viajero encuentra restos heridos por el rayo y como sobrehumanos por su grandeza. Se inclina, toma en sus manos ávidas un ladrillo mutilado; discierne en él caractéres que fueron sin duda la escritura primitiva del género humano; mas en vano hace esfuerzos para leerla; el fragmento sagrado vuelve á caer de sus manos sobre el coloso calcinado por el fuego: no es ya mas de una teja quebrada, que menosprecia la curiosidad misma.

Yo miro á todas partes, Sres., y no veo mas que á Jesucristo.

No obstante, quizá me direis todavia: Si Jesucristo ha hecho milagros durante su vida y aun en los primeros tiempos de su Iglesia, por qué no los hace ahora? Por qué ya no hace milagros? Ah! Sres., él los hace aun diariamente; pero vosotros no los veis? Él los hace con menos prodigalidad, porque el milagro moral y social, el milagro que exigia tiempo está ya realizado y se halla á vuestra vista. Cuando Jesucristo ponía los fundamentos de su Iglesia, le era necesario obtener la fé respecto de una obra que no hacía mas que comenzar, hoy dia está hecha aunque no acabada: vosotros la veis, la tocais, la comparais, la medís, vosotros juzgais si es obra humana. Pa-

ra qué, pues, ha de prodigar Dios el milagro con quien no ve el milagro? Para qué os habia yo de llevar, por ejemplo, á las montañas del Tirol, á que vieseis allí prodigios que cien mil de nuestros contemporáneos han visto hace quince años? Para qué he de tomar en la cantera una piedra cuando la Iglesia está edificada? El monumento de Dios está en pié: toda fuerza ha tocado á él: toda ciencia lo ha examinado: toda blasfemia lo ha maldecido; miradlo, él está ahí. Él está suspendido hace diez y ocho siglos entre el cielo y la tierra, como dice el conde de Maistre: si no lo veis, que es lo que habeis de ver? Los judios decian tambien á Jesucristo en una parábola célebre: *Resucitad á uno de los muertos.* Y Jesucristo les decia: *Si no creis á Moises y á los profetas tampoco creereis aun cuando alguno de los muertos resucitare.* (1) La Iglesia es Moises, la Iglesia ha existido en todos los profetas, la Iglesia es el milagro vivo: quien no ve á los vivos cómo ha de ver á los muertos?

CONFERENCIA

TRIGESIMA NONA.

DEL ESTABLECIMIENTO

DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Sea que consideremos la vida interior de Jesucristo ó bien su vida pública, él ha vivido como Dios. Pero vivir no es mas que el primer acto de la vida;

(1) S. Lucas. Cap. 16 ver. 31.